

058. No temáis. ¡Soy yo!

Hay en el Evangelio un hecho que nosotros hemos de saber leer en toda su enorme dimensión. *¡Soy yo!*, les dijo aquella noche Jesús a los apóstoles aterrados. ¿Sabemos lo que esto significa?...

Aquella tarde había sido de una actividad intensa. Una enorme multitud seguía a Jesús y estaba hambrienta. ¿Despedirlos a sus casas sin comer? No se lo permitía a Jesús la bondad de su corazón. Pero, ¿de dónde sacar pan suficiente para tantas bocas? Sabemos lo que ocurrió. Con cinco panes y dos pescados, multiplicados prodigiosamente en las manos de Jesús, comen cinco mil hombres, más otras tantas mujeres por lo menos y vayamos a saber cuántos niños... La gente se da cuenta del milagro. Y ya no duda:

- *¡Este es el Mesías que ha de venir! ¡Este es el Cristo que esperamos! Aquí tenemos al Rey que nos va a librar del dominio de los romanos. ¡Venga, y no perdamos tiempo! Ahora mismo lo tomamos y lo alzamos por nuestro Rey...*

Pero Jesús se percibe del peligro. No son esos sus planes. Su Reinado va a ser muy diferente. Y manda con urgencia y con decisión a los Doce:

- *¡Pronto! Montad en la barca y pasad a la otra orilla. Yo me quedo aquí en la montaña.*

La gente se dispersa, los apóstoles se adentran en el lago, y Jesús se queda solo y oculto en la montaña para pasarse unas horas en oración con el Padre.

En medio de la noche cerrada, los doce reman y más reman, pero el viento les es contrario y el mar se está agitando muy peligrosamente. Se dan cuenta del peligro que corren, y empiezan a temer. Su miedo llega al colmo cuando, entre las sombras, ven acercarse a uno que anda sobre las aguas e intenta pasar adelante: *¡Un fantasma! ¡Un fantasma!*, gritan aterrados.

Y no se calman tan fácilmente, aunque el desconocido les dice con seguridad:

- *¡Animo, y no temáis, que soy yo!...*

Pedro, el decidido de siempre, se destaca entre los compañeros, y pide:

- *¡Señor! Si eres tú, mándame ir a ti.*

- *¡Ven! No tengas miedo.*

Pero el valiente de Pedro empieza a dudar y, con la duda, empieza también a sumergirse en el agua.

- *¡Auxilio, Señor! ¡Socórreme, que me hundo!*

Y Jesús:

- *Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?...*

Ya Jesús subido en la barca, se hace una gran bonanza y, al despuntar la luz, se encuentran todos sanos y salvos en la playa. Aunque los apóstoles no acaban de entender ni el milagro de los panes ni tampoco el de esta noche. Admiran a Jesús, pero no lo acaban de entender, aunque dijeran:

- *Verdaderamente, que Tú eres Hijo de Dios* (Marcos 06.. Mateo 14,22. Juan 6,16)

Éste es un hecho de mucha importancia en el Evangelio, con tres enseñanzas muy destacadas y de gran actualidad para nosotros en nuestros días.

* La primera enseñanza, que salta a la vista, es la necesidad que tenemos de comunicarnos con Dios.

Hoy trabajamos mucho en todos los sentidos. La vida moderna nos arrolla. Ya no tenemos nosotros aquella tranquilidad de nuestros padres y nuestros abuelos, felices en la paz de un trabajo ordenado en el campo, en un taller, en el estudio sosegado. Para nosotros la vida se ha convertido en un vértigo...

A nivel de Iglesia nos pasa lo mismo. Si nos damos al ministerio, a un apostolado cualquiera, nos entregamos con pasión. El tiempo no nos llega para nada... En uno y otro caso, se nos echa encima el cansancio, y física y psicológicamente ya no aguantamos más.

¿Dónde buscamos el remedio para este desajuste? En nuevas distracciones o trabajos, en todo, menos en la oración, en la soledad, en el trato con Dios... Jesús no alegó cansancio para no orar. Al contrario, su descanso lo encontró en la comunicación con el Padre...

* La segunda enseñanza es también clarísima. El Reinado de Jesucristo no es temporal. Jesucristo no quiere mandar sobre las naciones. Su Reinado es un Reinado de amor. Si manda en las naciones es porque impone en ellas la doctrina y la ley del Evangelio, que traen la paz y la prosperidad a los pueblos.

Pero Jesucristo está muy lejos de gobernar con poder político, aunque exija a los políticos el gobernar conforme con la Ley eterna de Dios.

Hoy quieren algunos orientar la pastoral de la Iglesia en vistas a un orden sociopolítico. Nosotros seguimos siempre fieles al Señor: *El Reino de Dios y su justicia*. Lo demás, con esta justicia del Reino, se arregla todo por sí mismo.

* La tercera enseñanza es muy importante. En todo el Antiguo Testamento, el que caminaba sobre las aguas era Yavé, Dios. Cuando Jesús camina sobre el lago y dice: *¡Soy Yo!*, no está diciendo otra cosa a los doce: *¡A ver cuándo adivinaréis de dónde vengo y quién soy!*

Hasta después de Pentecostés, y sólo con la luz del Espíritu Santo, no entenderán que Jesucristo es Dios.

¿Y los que hoy niegan la Divinidad a Jesucristo?... Nosotros la confesamos con toda la energía de nuestro ser: *¡Jesucristo, ante todo y sobre todo, es Dios!*

Y con esta confesión en los labios nos quedamos. A Jesús, lo declaramos ¡Hijo de Dios!... Buscamos su Reinado de amor. Y estamos en comunicación continua con el Padre.